

Crónica

# U tri pstrosu

Daniel Cazés-Menache



Templo de Nuestra Señora de Týn, Praga



Edificio neobarroco en Stare Mesto, Praga

Desde la ventana del albergue de *Las tres avestruces* pude distinguir un vaso de vino y otro de agua mineral inexplicablemente posados sobre el pasamanos del puente, no muy lejos de la segunda escultura de la izquierda en dirección a la ciudad vieja.

Entre la multitud que desde horas de la oscuridad tempranera emprendía el cruce como si se tratara de una procesión religiosa o de una marcha política, sólo de vez en cuando era dirigida una mirada a los vasos llenos: pareciera que, igual que yo, algunas personas espe-

raban que llegara quien bebería de alguno de ellos. Para la mayoría, sin embargo, su presencia carecía de importancia y hasta pasaba desapercibida.

Aquella noche, a la hora en que de nuevo reinaba la penumbra y ya eran contados los pasantes, decidí permanecer de guardia hasta que el contenido de al menos uno de los vasos fuera consumido. Estaba seguro de que cada noche pasaba un hombre enfundado en un abrigo para rdo o una mujer cubierta con un chal negro para apurar aquel vino tinto cuyo color reproducía el de las aguas

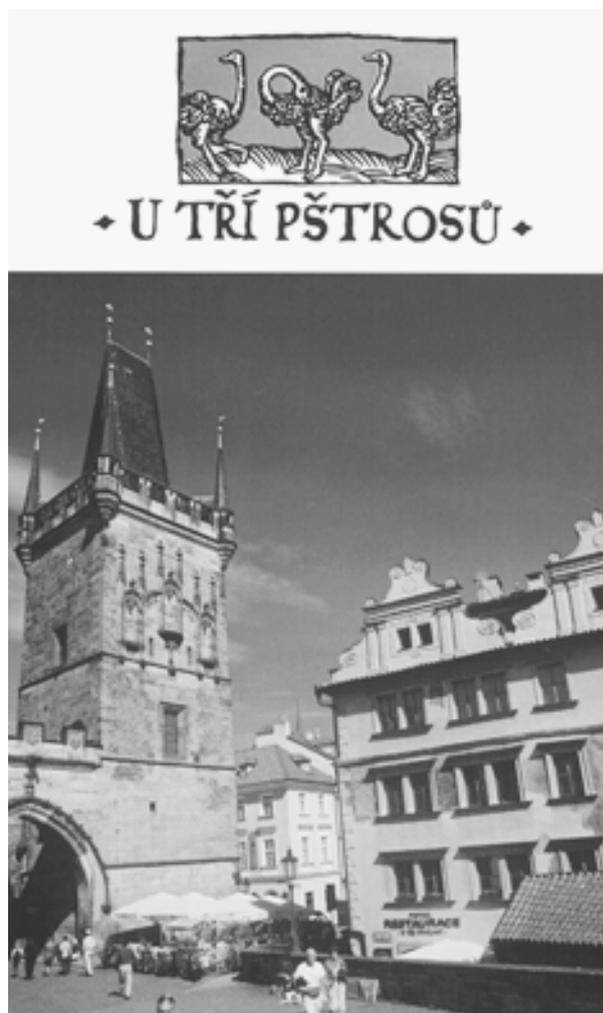
que corrían presurosas; también me había convencido de que el otro vaso nunca era tocado, y de que enseguida pasaba otra persona para llenar el recipiente vacío.

Me recargué en la columna en la que comienza el puente, del lado contrario al de los vasos, dispuesto a no moverme hasta saber lo que sucedería. Estaba bien abrigado y los pocos y leves movimientos nocturnos perceptibles en aquel punto no me impedían mantener mi vista atenta a los objetos de mi curiosidad. El viento repentino que sopló del lado en que baja la corriente hizo volar mi sombrero, pero no tan lejos como para hacer que mi atención se distrajera; sí consiguió, en cambio, hacer que el líquido helado que goteaba de mis fosas nasales se hiciera más abundante y me viera obligado a enjugarlo con mayor frecuencia.

Las siluetas de las esculturas se hacían más siniestras a medida que la luna ocultaba su tenue luz tras las nubes y la niebla. Santos y clérigos, como aureolas opacas, las estatuas más detestables, hacen de aquel puente el más hermoso que pueda ser evocado. A lo lejos, en el otro extremo de la pasarela, pude avizorar un par de veces a parejas que se acercaban al pie de uno de los monumentos para frotar los bajorrelieves de bronce, siempre brillantes por la infidelidad que no desean padecer quienes los tocan.

Se acercó el vagabundo que rastrea los basureros en la busca de algo que nunca halla, pero pasó de largo echando un vistazo de reojo a las bebidas, sabiendo que no eran para él.

Cuando el frío y la somnolencia se me hicieron insoportables, resolví darme por vencido y regresar a mi habitación. Las cortinas estaban descorridas, y un breve claro de luna me dejó ver que el vaso de vino había sido vaciado, y también la cara larga y delgada, iluminada por un claro fugaz, del hombre que, en efecto, se cubría con su abrigo oscuro y ya se alejaba con paso tranquilo y quizá hasta satisfecho. La luz me permitió incluso



distinguir sus ojeras que resaltaban sobre la palidez de su rostro.

Aquello me permitió dormir tranquilamente. A la mañana siguiente vi desde mi ventana que los dos vasos llenos estaban, como cada amanecer, en su sitio.

*Praga, Navidad de 2006. U*

Las siluetas de las esculturas se hacían más siniestras a medida que la luna ocultaba su tenue luz tras las nubes y la niebla. Santos y clérigos, como aureolas opacas, las estatuas más detestables hacen de aquel puente el más hermoso que pueda ser evocado.